

!

LA DAMA DE LOS ALTOS
PENSAMIENTOS

Luna nueva, campo dormido, noche de verano en la llanura de la Mancha. El cielo, purísimo, aterciopelado, resplandeciente, cielo español, y como tal, muy alegre y rumboso, hasta de noche, mira y alumbra con sus pupilas claras, con sus estrellas veladoras, el sueño profundo de la triste y amada tierra. Cantaron los gallos al filo de las doce, y un silencio de paz cayó sobre los seres y las cosas: ni el más sordo rumor, ni el más liviano cuchicheo turban ya el grave reposo en toda la redondez de la estepa, muda y parda.

Un caminito blanco, solo y desnudo, serpea entre los negros barbechos; al fin del camino se dibuja, muy a la mano, entre unos pocos árboles, la silueta de un lugar:

tapias terrosas; viejos caserones; rústicos bardales de sarmientos, de tobas y espinos; los muros de la iglesia, pobre y antigua; una espadaña; la cruz...

No lejos del lugar, en una costezuela, se yerguen como inmóviles gigantes, uno, dos, tres molinos de viento, asentados en fila, orondos, socarrones, quietas las aspas, abiertos los brazos a la luz de la luna. Diríase que de súbito van a moverse, van a transfigurarse, van a adquirir voz y cuerpo de hombres y a caminar por el mundo igual que en los libros fabulosos.

Pero no; que en esta pacífica llanura, en esta noche tan serena, los cuerpos y las almas, los gigantes y los molinos, la realidad y la ficción, todo yace bajo los auspicios niveladores del sueño, vivo retrato de la muerte.

En la penumbra de la aldea, bajo la toca blanca de la luna, cien vidas laten con el mismo pulso, cien vidas duermen con igual ignorancia; no hay allí, tal vez, un solo espíritu madrugador y curioso capaz de perseguir, en las rutas innumerables de la



noche, las huellas reveladoras del Misterio.

Sin embargo, una lucecilla, una leve y pertinaz lucecilla, parpadea en la sombra al través de una ventana. ¿Qué vigilante cuidado, qué humilde dolor, qué incógnito afán, acusa tan a deshora esa trémula lucecilla? ¿Quién devanea, trabaja o sufre mientras todos descansan? ¿Qué desvelado pensamiento, qué encendido corazón arde calladamente en estos páramos, en este mísero lugar donde los hombres y las cosas se confunden con el color y la aridez de la triste, de la parda tierra?

Abiertos los ojos, muy abiertos, insomnes y febriles bajo la frente curva y espaciosa; el rostro enjuto, avellanado y grave; el cabello fuerte y gris; la nariz grande y aguileña; la boca delgada y fina; los bigotes largos y caídos; el cuerpo seco y nervioso, envuelto en un sayo pardusco de antiguo y tosco vellorí; los brazos cruzados sobre el pecho; inclinada la cabeza; mediatubunda la actitud: he aquí al ingenioso hi-

dalgo de la Mancha, al buen Alonso Quijano de inmortal memoria, tal como solía pasar muchas noches, de claro en claro, en su pobre y estrecha habitación.

Sentado está en un sillón de baqueta, viejo y leal confidente de sus profundas cavilaciones; delante de sí tiene una mesa de nogal, de gruesas patas y retorcidos hierros, y encima de la mesa, en revuelto montón, los libros, los amados y sabrosos libros, a la par inocentes y engañadores, que seducen y embriagan, que hacen soñar y delirar y enloquecer... Una menguada luz—la lucecilla veladora—tiembla sobre los libros y dibuja en los muros del aposento la sombra larga y quieta del hidalgo, una breve alacenilla, dos o tres lienzos patinosos y unas armas que, cubiertas de herrumbre, «luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón...»

Alonso Quijano, por antonomasia el Bueno, es, como otros muchos hidalgos de su país y de su raza, noble, ingenioso y liberal, pío y culto, parco en el yantar y el vestir, sobrio, casto y ensoñador. Yace apa-

cible y sosegadamente en olvidada y miserable aldea, lejos del «mundanal ruido», en una perezosa medianía lindante con la pobreza, satisfecho, al parecer, de su modesto peculio, de sus añejos hábitos, de su tranquilo vegetar. Solterón y honesto, de limpia vida y costumbres, madrugador y amigo de la caza, tiene un menguado rocín y un galgo corredor con el que sale por los campos vecinos de Montiel y las lagunas de Ruidera. Habita un pardo caserón, destartado y frío, más pródigo en goteras que en ventanas, y allí, con él, un ama de llaves juiciosa y madura; una sobrina moza, gentil y discreta, un criado leal, mixto de labrador y espolique. Dos amigos y contertulios, el licenciado Pedro Pérez, cura del pueblo, varón docto, festivo y de agudas trazas, y maese Nicolás, un barbero ladino y socarrón, completan la breve sociedad del hidalgo.

El cual pasó lo más de su vida de esta suerte, aburrido y ocioso, sin otro divertimento que la caza, sin otra compañía que la de aquellos deudos y amigos tan genero-

sos en amarle como incapaces de comprenderle. Porque él, en su interior, no está de acuerdo con la egoísta paz de sus horas, con el sentido prosaico de sus familiares y vecinos, poco avezados, sin duda, a mirar desde las bardas de los corrales solariegos el verde fulgor de las estrellas en la noche, los caminos sin fin de la eternidad. Por debajo de su vida ramplona y oscura, mal que bien cebada de ollas caseras, torreznos y salpicones, siente el buen Alonso el hervor de un espíritu ardiente, aventurero, audaz, la comezón de los deseos sin nombre, el contagio de las locuras místicas y heroicas, nobles y gloriosas herencias de aquellos Quijanos, Quesadas o Quijadas, que, en pretéritos siglos ilustraron, tal vez, con altos y famosos hechos los anales de la vieja Caballería.

¿Quién puede comprender en un dormido villorrio de la estepa la nostalgia de las cumbres, la incurable enfermedad del amor y de la gloria, ese recóndito apetito del alma, esa sed de pasiones y de aventuras que al hidalgo roen, desvelan y enflaque-

cen? ¿Cómo no han de tener por loco, y de remate, a quien osa encender la luz de un ideal en las tinieblas de la ignorancia y del egoísmo, allí donde el cielo apaga sus lumbres, allí donde sólo cantan los gallos para contar las veces que el hombre niega su origen divino y su misión redentora?

Fama de loco tiene en su lugar este bonísimo caballero que pasa los días y las noches leyendo y meditando, abriendo en la dura y parda gleba el surco invisible de la inmortalidad.

Llena el alma de un fuego dulce y contenido, impetuoso al revelarse en plena madurez y en un ambiente de empedernida prosa, pidió a los libros la llave de los Sueños, la dorada llave que en las más rudas prisiones, en las horas más tristes, da rienda suelta al espíritu, consuelo al ánimo angustiado, alas al corazón, rumbo a la libre fantasía. Y los libros, amigos puntuales y oficiosos en toda melancólica soledad, poblaron la estancia del caballero soñador con las imágenes peregrinas, las visiones felices que la leyenda y el mito, la historia y

el arte, y sobre todo la Poesía y la Novela, ofrecen a los enfermos del deseo, a cuantos sufren injurias y desdenes de la implacable realidad.

Allí las sombras augustas de los héroes antiguos, los paladines de León y Castilla, Bernardo del Carpio y el Cid; los caballeros andantes de la fábula, Amadis, el noble y enamorado campeón, espejo de varoniles virtudes, con toda su larga descendencia de Esplandianes y Floriseles, Palmerines y Lisuartes; allí los románticos amores, las aventuras maravillosas, los valientes desafíos, las increíbles hazañas, el cuadro espléndido y evocador de la Quimera, esclarecido por plateadas luces, envuelto en el humo azul de la gloria...

Con febril ansiedad siente el hidalgo pueblerino, bajo la embriaguez del ensueño, los acicates de la acción, las altas voces, los clarines agudos que le despiertan y le llaman a la vida fuerte, a la vida plena del heroísmo y de la fe; viene a juzgar de todo punto necesario y urgente para su honra, para el servicio de su patria, salir por el mundo

a reparar agravios, enmendar sinrazones, satisfacer deudas y culpas, enderezar entuertos, hacerse, en fin, caballero andante, amparador de la justicia, de la caridad y el amor, de la inocencia y la virtud. ¡Cristiana y generosa locura que por todos los siglos de los siglos hará reír a las gentes vulgares y hará llorar de emoción a las almas superiores!

Resuelto está el hidalgo a cumplir su propósito, a ceñirse las armas de sus nobles bisabuelos y cabalgar en su flaco rocín por esos mundos en pos de la soñada aventura, del glorioso peligro, del renombre eterno. Ya no se llamará de aquí en adelante Alonso Quijano, sino *Don Quijote de la Mancha*, rindiendo así tributo a su apellido y a la nativa tierra; su pobre caballo será *Rocinante*; sólo su pueblo gris, el pueblo menudo, ramplón y egoísta, quedará sin nombre, por castigo, en los anales de la fama.

Presa de viva agitación se alza el sublime loco de su vieja poltrona, mide con pasos veloces el callado aposento, se acerca a

la ventana, hunde los ojos en el misterio dulcísimo de la noche...

La noche fué siempre el reino de las almas profundas y vigilantes, la cumbre de la más alta meditación, el blando reclinatorio de las plegarias, el espejo más puro de lo sobrenatural. Cuando el poeta se siente a solas y en divino silencio, tras los afa-nes y los bullicios del día, y con sincera emoción se asoma a esa ventana abierta de la noche y clava sus ojos en lo infinito, escucha, si es poeta de veras, el inefable concierto que todas las cosas cantan en el mundo, y sintiendo esa música de los orbes en lo más hondo del corazón, rompe también a cantar con maravillosa melodía, como los ruiseñores en la fronda, y vierte lágrimas de suavísima ternura.

En esas horas de soledad y de misterio se nutren las almas escogidas de singulares revelaciones, de altos pensamientos que sobrepujan lo humano y traen como un sabor a lo divino; en esas horas tienden los

ángeles su escala entre el cielo y la tierra, se abre la puerta de los sueños, dice el amor sus «escuchos» y buscan los héroes el camino de la inmortalidad.

Así don Quijote, pálido y ansioso, de cara a las estrellas, con los ojos mojados de lágrimas, siente brotar de su pecho mil voces íntimas que le empujan fuera de sí mismo, al través de la noche, por encima de las lindes prosaicas en que yace. Una plenitud espiritual, una obscura impaciencia, un ímpetu desbordado y generoso le tiemblan como alas finas y valientes, en las raíces del corazón. La vida entera, perezosa, incomprendida, solitaria, le duele, al modo de un cruel remordimiento. ¿Cómo pudo resignarse años y años, hasta frisar en los cincuenta, y enmohecer su espíritu junto a las armas olvidadas de sus mayores, en este feo y rústico lugarón de gentes groseras, hartas de migas y torreznos? Tierra calma, pueblo gris, raso horizonte, casa triste, mocedades vacías, almas sin pena ni gloria, mortal quietud... ¡Y esto en un siglo de aguda exaltación, de fácil embriaguez

33352

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1926. 1825 MONTERREY, MEX.

cuando a los ánimos parecían estrechos todos los quicios del mundo, las selvas vírgenes, los cielos remotos, las anchas estelas de la mar...!

Baña la luna, sonriente y melancólica, los muros terrizos de la aldea, los molinos de viento, la llanura sin fin. Las veredas blancas, los senderuelos agrestes, bien dibujados en la desnudez del terruño, se abren como brazos acogedores que guían al Ensueño por los rumbos innumerables del azar. Un camino, entre todos, ondulado y suave, que huye, en graciosa curva, de la ventana abierta, lleva tras sí los pensamientos febriles del hidalgo, le roba el sueño y la razón: es el camino del Toboso.

Allí, en el vecino lugar, bien ajena a las ansias del romántico amador, vive Aldonza Lorenzo, «una moza labradora de muy buen parecer», lozana y robusta, garrida y alegre, tostada del sol y el aire, llena de brío y de salud, como criada a los pechos de la madre Naturaleza; recatada y esquiva, pero sin artificios ni melindres, y con sus puntas y ribetes de burlona; hembra de

«pelo en pecho», de aquellas antiguas castellanas que dieron al mundo una raza nueva de gigantes; hermosa, honesta, principal, pero capaz también de rastrillar el lino y trillar en la era como el más pintado mozo de su pueblo: una Céres, en fin, del manchego solar, coronada de rubias espigas y de bermejas amapolas.

Cuatro veces no más la vió el tímido amante en sus paseos ensoñadores, y se le fueron tras ella los ojos y el corazón. ¡Pobre Alonso Quijano! Toda su vida refrenada y opresa, toda su hirviente y contenida madurez se estremecieron al encuentro de aquella briosa juventud, fruto en sazón de la noble cepa tobosina, promesa dulce de un hogar, de unos brazos fuertes y mimosos, de unas ternuras jamás gustadas en el frío ambiente hostil de la casona solariega: que aun en los hombres más inclinados a la aventura del camino prende la viva llama del horno familiar, el suave calor de los regazos femeniles.

No era por cierto Aldonza el dechado más propio y fino para encarnar los ideales

del caballero : ¿ cómo una moza tan membruda y silvestre pudo convertirse en dueña y señora de un tan sutil amador como el famoso de la Mancha, acostumbrado a tratar en sus libros con musas, emperatrices y altas princesas, y pasear la encendida imaginación por encantados vergeles, éurecs alcázares y suntuosos aposentos? Mas, ¿ qué importa la materia vil, la realidad perecedera, al puro artífice del alma, a quien sabe imprimir en un puñado de arcilla, en un tosco lienzo, en una piedra inerte, la huella fecunda del espíritu creador? ¿ Qué importa a los verdaderos poetas, a los grandes enamorados, la apariencia mortal de sus Lauras y Beatrices, si ellas son, más que mujeres vivas, de carne y hueso, motivos ideales, vislumbres de la eterna belleza, símbolos y enigmas de la gloria?

Ebrio don Quijote de tan dulce licor, puso los ojos de su alma en la primera mujer que a sus ojos corporales se ofreciera como trasunto, y, a fuer de enamorado y de artista, comenzó a sublimarla fervorosamente, a engrandecerla poco a poco, mo-

delándola a imagen y semejanza de su ideal hasta convertir la moza labradora en soberana emperatriz, la hija de Lorenzo Corchuelo en *Dulcinea del Toboso*.

Calladamente la quiso durante muchos años, con esa lealtad, con esa noble continencia, con esa delicada timidez, prendas morales de los poetas y de los héroes. De aquel gran amor, tan casto y escondido, tan lleno de inefables revelaciones, brotó sin duda el firme propósito de salir a deshacer entuertos, a imponer la verdad, el bien y la justicia con el valor de su brazo, pues no hay proezas ni acciones heroicas en el mundo que en el amor no tengan su raíz...

Cielo azul, sol ardiente, día de julio en el campo famoso de Montiel. Armado caballero sobre su flaco Rocinante, lanza en ristre y embrazada la adarga, camina don Quijote por la inmensa y tostada llanura, alborozado y sudoroso, invocando en lo más íntimo del corazón a la dama de sus altos pensamientos.

Exaltada en la cumbre de la amorosa fantasía juzga el andante caballero a su señora Dulcinea superior a cuantas en libros y en sueños había imaginado: rubia como las crenchas del sol, blanca lo mismo que la nieve, más suave y fina que el plumón de los nidos; hermosa como los ángeles del cielo; cree verla al través del horizonte luminoso, envuelta en pulquérrimos cendales, bañada de fragancias sutiles, coronada de flores y laureles en un precioso camarín, ensartando perlas o bordando con oro alguna cifra para su fiel amigo.

La realidad, escéptica y burlona, viene de pronto a deshacer la primorosa fábrica del ensueño. Un gran tropel de gente se acerca a don Quijote por la rasa campiña. «¡ Todo el mundo se tenga! »!—clama el valiente paladín en mitad del camino, esgrimiendo la lanza—. «¡ Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso! »

Aquí principia el cómico y doliente calvario del caballero redentor. En esta aventura de los mercaderes, que tales eran los que por el llano venían, está esbozada la formidable antítesis del *Quijote*. Los mercaderes toledanos, gentes de buen humor y poca fe, piden con sorna un retrato, por menudo que fuese, de la señora Dulcinea, para persuadirse de si en efecto es tan hermosa como asegura su adalid. El cual se obstina en que sin verla lo han de creer y declarar, jurar y defender. ¿ Acaso para afirmar los ideales y dar por ellos vida y salud es menester que se nos muestren cara a cara? Pues ¿ qué mérito tiene entonces confesar la verdad cuando la vemos descubierta delante de nosotros? Los mercaderes, con grandes risas y burlas, siguen diciendo a todo: ver y creer. Y el pleito acaba, como era de esperar, con una lluvia de palos sobre las costillas del pobre soñador.

Ya de aquí en adelante el ideal, simbolizado en Dulcinea, pugnará a todas horas con las groseras realidades de la vida; caerá por todos los caminos, entre mofas,

chistes y pedradas, bajo la furia de mercachifles, villanos y galeotes, ultrajado siempre, pero nunca muerto ni extinguido en la tierra. Y el ingenioso, el fervoroso mantenedor de la Mujer ideal, cada vez que tiende los brazos para estrechar en ellos, casta y blandamente, a su divina Dulcinea, topará con las bardas del corral donde la hija de Lorenzo Corchuelo, algo sudada y correosa, por el resol y el trabajo, aechaba el trigo; o, lo que es peor aún, con la tuerta y sucia Maritornes, con la moza carirredonda y chata que en la rebelde pollina vió luego en las puertas del Toboso, merced a la industria de Sancho Panza; con la dueña Rodríguez y la atrevida y maleante Altisidora; con toda la turba soez que en ventas y caminos arrastrará por el fango las puras ilusiones del noble y platónico amador.

Muy torpe ha de ser quien sólo vea en esta lucha de lo ideal y lo vulgar el triunfo del sentido práctico sobre las altas concepciones del amor y de los sueños. De igual suerte que en don Quijote y Sancho se

abrazan y completan la poesía y la prosa, el puro espíritu y el barro mortal, así en Aldonza Lorenzo y en Dulcinea del Toboso vienen a fundirse la realidad y la ficción, la carne con la idea. En el *Quijote*, como en toda obra de arte y de vida, hay oposiciones y contrastes aparentes que al cabo se reducen a una síntesis profunda y universal. Aunque Dulcinea y Aldonza parecen términos contradictorios, no son sino aspectos de la misma mujer, de la Mujer ideal y real que Cervantes creó con la pobre arcilla de la tierra y con el rico aliento de su numen. Aldonza a secas es una zafia campesina como otras muchas del Toboso; Dulcinea es una ilusión que se quiebra de puro sutil: pero juntas ambas en una sola, constituyen el cuerpo y el espíritu, la carne y el alma de una mujer, de la Mujer eterna... Y este ideal y verdadero prototipo, tan español y tan humano, tan de todos los lugares y los tiempos, no podría existir si no tuviera sus raíces en las entrañas de la tierra común, si no le amparasen y defendiesen, contra felones y

malandrines, los caballeros andantes del Ensueño, los que velan al amor de las estrellas, mientras los otros duermen en la noche; los que se lanzan al camino, locos de amor y poesía, a recibir afrentas, burlas y pedradas, a cambio de un poco de gloria, de un nombre escrito para siempre en el corazón de la humanidad.

II

FEMINA INQUIETA Y ANDARIEGA...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO